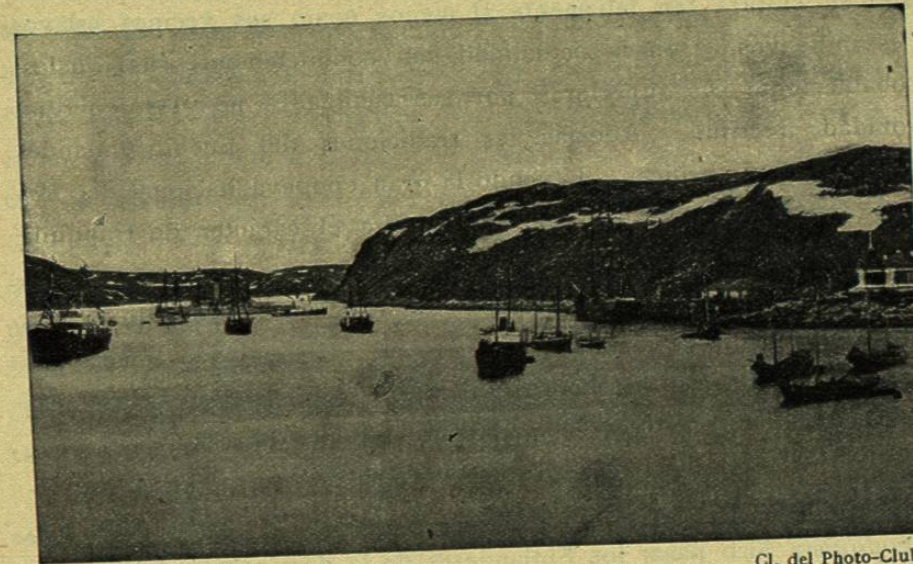


hace ya más de un siglo, no es aún más que un hecho brutal; la asimilación no se ha realizado, la lengua recuerda constantemente á unos y á otros la diferencia de nacionalidad, la religión marca periódicamente en los ritos y las plegarias una línea precisa de demarcación, y las tradiciones y los recuerdos hablan de sangre derramada; los nombres de las batallas resuenan todavía con un sonido lúgubre. Ahora bien, Polonia no es solamente una parte muy considerable del imperio, que contiene aproximadamente la duodécima parte de todos los habitantes del inmenso territorio, sino que es también la comarca más avanzada del lado del Oeste y hace desbordar circularmente en plena Alemania la línea de las fronteras, es decir, es el verdadero occidente del imperio, ó dicho de otro modo, la parte más civilizada y, á pesar de la opresión política, la más desarrollada por las fuerzas intelectuales. Los Polacos tienen perfecta conciencia de haber sido los civilizadores, los portadores de antorchas para el oriente de Europa, y tienen tanto más rencor contra esos discípulos rebeldes, que les han esclavizado tan bárbaramente. Y no es eso todo: Polonia es por excelencia la plaza de armas para el ataque, la ciudadela de defensa contra Alemania y, por consiguiente, en caso de guerra, habría de correr los mayores riesgos y sufrir los mayores males por causa de ese imperio de que es víctima, á la vez que, por su industria, la comarca más activa. Esas condiciones históricas y económicas dan á Polonia una situación muy particular en el conjunto de Europa, de la cual ocupa exactamente el centro geométrico. Moralmente está en guerra de independencia contra Rusia, y no menos en lucha contra Alemania, que oprime, persigue y ultraja de todas maneras á los Polacos que el antiguo reparto le había atribuido.

No hay tregua más que de la parte del Sud: Austria, solicitada en todos sentidos por las nacionalidades en conflicto, tiene gran interés en tratar bien á los Polacos, que participan ampliamente de las posiciones honoríficas; pero éstos allá no pueden considerarse como inocentes, respecto de los Rutenos, del crimen de opresión que reprochan á los Rusos y á los Alemanes. Los campesinos rutenos que labran el suelo en el territorio de la señoría ó *szlachta* polaca han referido frecuentemente sus miserias. De ese modo la violación del derecho contra los pueblos de la comarca ha creado en esas re-

giones de Europa una situación insostenible bajo el régimen de las políticas imperiales de capricho y de arbitrariedad.

Sobre las costas del Báltico existe otra lucha de nacionalidades, pero más complicada y menos franca en sus procedimientos. Allí los Alemanes, en número de unos ciento veinte mil, sufren la violación de sus derechos naturales, especialmente por la rusificación de su universidad de Dorpat — conocida por el nombre ruso de Your-



Cl. del Photo-Club.

EL PUERTO DE ALEXANDROVSK, EN LA PENÍNSULA DE KOLA

yev —, donde sus hijos estudiaban con profesores de lengua y de educación germánicas. Pero esas colonias alemanas, cuyo centro es la ciudad de Riga, comprenden en realidad dos clases de intereses contradictorios, la rica burguesía dominante y el proletariado de los *Kleindeutschen*, tenido en escasa consideración por sus mismos compatriotas. Además, los Alemanes, que fueron hasta 1819 los dueños absolutos de la tierra, y por ella, campesinos ellos mismos, Ehstas, Lives y Lettons, son todavía grandemente privilegiados por la riqueza, los empleos, los títulos y su parte de dominación política. Proporcionalmente, la aristocracia alemana de las Provincias bálticas ha participado más que los mismos Rusos en la posesión del poder, y muchos de sus representantes han cooperado tranquilamente á la



obra de rusificación. Un cambio en el equilibrio de Europa justificaría quizá su conciencia autorizándoles para «germanizarse» y ejercer contra los Lituanos análogas persecuciones á las que sufren los Polacos de Alemania.

En Finlandia se presenta la cuestión con mayor claridad: allí el crimen es manifiesto y todo un pueblo sufre por él directamente sin sentirse culpable de ningún mal ajeno. Establecidos en la comarca desde tiempo inmemorial, los Suomis ó Finlandeses se han desarrollado en cultura tan felizmente al menos como sus vecinos eslavos ó escandinavos, y en la actualidad son completamente sus iguales, probablemente sus superiores por sus cualidades morales, energía, probidad, rectitud. Además las tradiciones del pueblo finlandés fueron siempre pácificas. Leyendo la gran epopeya nacional del *Kalevala*, recogida por Elías Lonnrot, admira el carácter de tranquila majestad que presentan sus héroes. En tanto que Homero se complace en las narraciones guerreras, y la canción de Rolando es una larga descripción de batallas, el *Kalevala* evita cuidadosamente los cuadros sangrientos: los héroes finlandeses realizan sus hazañas más por el poder del canto y de la palabra que por la espada; el vencedor no es el de más fuerte brazo, sino el de más poderosa inteligencia, el que pronuncia las *palabras originales*<sup>1</sup>. Cuando en 1809 la conquista hizo pasar los Finlandeses de la dominación del rey de Suecia á la del czar, no se mezclaron, como el común de los súbditos, á las multitudes dominadas del resto del imperio, sino que el emperador les aseguró, á título de «gran duque de Finlandia», la conservación de su constitución especial, de su dieta y de su existencia independiente de «nación libre». Sin embargo, á pesar de las promesas del soberano, el pueblo finlandés no pudo «bendecir sus destinos», y sucesivamente sus libertades fueron disminuídas y sus cargas aumentadas. El primer golpe directo se le dió en 1899 por la anexión, más ó menos disfrazada, al resto del imperio; gran número de Finlandeses que se negaron á inclinarse ante el violador de su juramento se alejaron de su patria; pero la lucha dista mucho de haber terminado.

<sup>1</sup> René Puaux, prefacio de *Pour ma Finlande*, por Iuhani Aho.

Al menos, el gobierno ruso, obligado por consideraciones de buen tono hacia Europa que le observa, se ve forzado á guardar cierto respeto al pueblo finlandés, tan notable por su educación, sus conocimientos y su amor al trabajo, aunque sobre los otros confines de su imperio, del lado de Asia, no se cree obligado á tales precauciones y proceda rápidamente á las prisiones y á las matanzas. Sabido es cómo se prosiguió la guerra caucásica durante generaciones, que sirvió como de escuela práctica para el «arte de matar hombres». Es evidente que, aun sin combate, Rusia hubiera podido conquistar el Cáucaso, puesto que desde el fin del siglo XVIII le había encerrado en el círculo de sus posesiones; las llanuras de la Circasia eran recorridas en todos sentidos por Cosacos, y, al otro lado de los montes, Georgia se había dado al imperio; los dos mares, al Este el Caspio, al Oeste el mar Negro, pertenecían á sus barcos: en lo sucesivo, las tribus del Cáucaso, encerradas en sus altos valles, no podían comunicarse con el resto del mundo más que por el territorio ruso, y forzosamente habían de entenderse con el pueblo sitiador para la conservación de su pequeño tráfico, lo mismo que para el vaivén de sus emigraciones temporales.

La dominación rusa llegó á ser más inevitable aún cuando se terminó el camino militar de Vladikavkas á Tiflis, al principio del siglo XIX, por el paso del Darial, á lo largo del Terek y del Aragva, y cuando la cadena del Cáucaso quedó cortada en dos. Un segundo camino, el del Mamisson, unió el valle del Teret al del Rion, cortando además la Caucasia occidental en dos fragmentos, después otros caminos en distintos territorios escalaron los montes á través de los bosques. De ese modo, como canta Lermontov, el gigante Kazbek se puso á temblar cuando vió á los enanos de la llanura avanzar contra él, armados de palas y piquetas, armas mucho más temibles que el cañón.

Pero esa dominación que se efectuaba por la fuerza misma de las cosas, los Rusos quisieron apresurarla por la destrucción de los plantíos y de las poblaciones y por el exterminio de los hombres. Cada valle fué sucesivamente conquistado y limpiado de enemigos. Á la mitad del siglo XIX los Tcherkesses del Cáucaso occidental, que apenas habían sufrido las consecuencias de la guerra, llegaban á medio



millón; cuando después fueron perseguidos en sus altos valles, se les evaluó en unos 300,000: cerca de la mitad de los montañeses habían perecido. Pero el odio del vencedor se encarnizó contra ellos: una proclama del príncipe gobernador, el gran duque Miguel, ordenó que se hiciera el vacío delante de él, en el espacio de un mes, so pena de cautiverio. El vacío se hizo, en efecto, y en los seis primeros meses del año 1864 atravesaron el mar Negro cerca de 260,000 fugitivos; de 1858 á 1864 se contaron oficialmente cerca de 400,000. La Puerta les ofrecía un asilo en diversas partes de la Turquía europea y de Anatolia, pero se habían vuelto salvajes por la guerra y rudos por la suerte; convertidos en perversos, no veían más que enemigos, y sus nuevos vecinos les detestaban; se asesinaban recíprocamente, y las nuevas colonias no arraigaban en el suelo. Los 150,000 Tcherkesses que se habían domiciliado en Bulgaria, cerca de la frontera servia, han desaparecido: todos han muerto ó se han dispersado. La raza ha cesado de existir<sup>1</sup>.

Después de la horrible despoblación del Cáucaso occidental, despojado de sus Tcherkesses, Abkhazes y Adighés, parecía indispensable que Rusia tratara de disipar en lo posible las huellas de su mala obra, haciendo entrar la vida en las viviendas abandonadas, entregando á otras manos el arado; pero el gobierno ruso no se atrajo á los habitantes de las comarcas vecinas, Armenios, Grousianos ó Lazes, que hubieran podido adoptar un género de vida análogo al de los Abkhazes; deseoso de rusificar completamente el país, ofreció tierras á colonos de la Pequeña Rusia, pero sin suministrarle ventajas que pudieran compensar el cambio absoluto de medio: los hijos de la estepa no se acostumbraron á las rocas abruptas, á las profundas gargantas de la montaña. Además, para atraerlos y retenerlos, hubiera sido preciso construir caminos, establecer depósitos y mercados y sobre todo dejar á los colonos la libre elección de los terrenos y de los cultivos; en una palabra, hubiérase necesitado que la administración funcionara en sentido inverso de su naturaleza. Sin embargo, se proyectaron grandes obras con objeto de repoblar la antigua Abkhasia y del territorio de los Adighés; pero los planos

<sup>1</sup> Eugène Pittard, *Dans la Dobrodja*, p. 103.

N.º 511. Pueblos de Caucasia.



ESLAVOS: 1, Grandes Rusos; 2, Pequeños Rusos; 3, algunos Búlgaros diseminados.  
 CAUCÁSICOS: 4, Georgianos y Lazes; 5, Adighés; 6, Kabardes; 7, Abkhazes; 9, Tcherkesses;  
 10, Avares; 11, otros Lezghienes; 12, Koubatchi.  
 TURCOS Y TÁRTAROS: 13, Tártaros; 14, Nogais; 15, Kirghizes; 16, Koumiks; 17, Turcos  
 propiamente dichos.  
 ARIOS: 8, Osses; 18, Armenios; 19, Tates y Taliches; 20, Kurdos; 21, Griegos; 22, Alemanes.  
 MONGOLES: 23, Kalmukos.  
 En T. se halla el antiguo centro de los Tcherkesses; en D., el de los Dukhobortzi, antes  
 de su emigración.

fueron olvidados, ó principados de una manera incoherente y sin continuación. Al principio del siglo XX se evaluaba en 15,000 individuos solamente el número de los habitantes del territorio, dejando



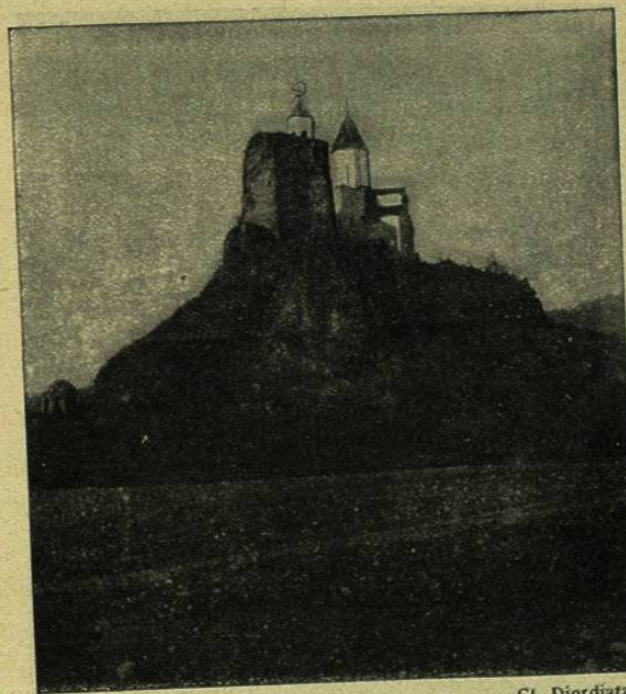
desierto un territorio que se extiende sobre un espacio de unos 10,000 kilómetros cuadrados. De los residentes, las cuatro quintas partes son Abkhazes que habían aceptado la gracia del vencedor, no se contaban más que 600 Tcherkesses y el resto se componía de colonos de origen diverso, en su mayor parte establecidos en la proximidad del litoral: el interior estaba casi completamente desierto<sup>1</sup>. Para atraer la gran emigración bastaría «dejar hacer», después de haber construido y dispuesto convenientemente el camino que une la desembocadura del Rion al estrecho de Yeni-kaleh. La antigua cornisa establecida por Mitrídates estaba hacía tiempo destruída por las erosiones y los desprendimientos; pero es extraño que el primer cuidado de los Rusos no haya sido construir ese camino estratégico y comercial. Se ha intentado dos veces reconstruir la obra: primeramente los ingenieros del gobierno se encargaron de ella, comenzándola por un centenar de puntos y no terminándola en ninguna parte; después el general Annenkov, quien dirigió la construcción del ferrocarril transcaucásico en condiciones de celeridad inusitada, y transportó de una vez veinticinco mil trabajadores procedentes de las provincias del interior devastadas por el hambre, prometió acabar el camino en dos años; pero no cumplió completamente su palabra, y los créditos no se le continuaron por más tiempo. No obstante, la toma de posesión definitiva de la comarca por los colonos, agrícolas é industriales, es sólo cuestión de tiempo, porque la presión de la población creciente se produce también, al Oeste y al Este, hacia Novo-Rossiisk y hacia Batum; la vía borraré nuevamente la huella de las antiguas matanzas.

Al sud del Cáucaso, en los amplios y bien abiertos valles del Rion y del Kura, la rusificación de los indígenas se hace de una manera automática, por la misma fuerza de las cosas, puesto que la colonización modifica constantemente el equilibrio en beneficio de Rusia, y que al mismo tiempo, el poder, la dirección administrativa, el mando de las tropas, todas las iniciativas de autoridad pertenecen al czar y á sus representantes; pero esto no basta á los dominadores de la comarca: al juego natural procedente de la situación eco-

<sup>1</sup> Jean Carol, *Les Deux Routes du Caucase*.

nómica y de las condiciones políticas del país se juntan las maniobras brutales de los centralizadores, para quienes toda diversidad de lengua, de religión ó de costumbres, relativamente á la práctica de los Rusos, es verdaderamente un delito, casi un crimen. Han olvidado que los Kartvels ó Georgianos son, por la misma acta del tratado primitivo, sim-

ples aliados del imperio ruso; quieren ignorar que en 1799, cuando el rey Jacobo III, triste personaje, libertino y enfermizo, se dejó persuadir por el ministro ruso de que haría bien en poner su reino en manos del czar de todas las Rusias, éste dió su «palabra imperial» de que respetaría para siempre los derechos y privilegios de sus leales Georgianos; no quieren acordarse de



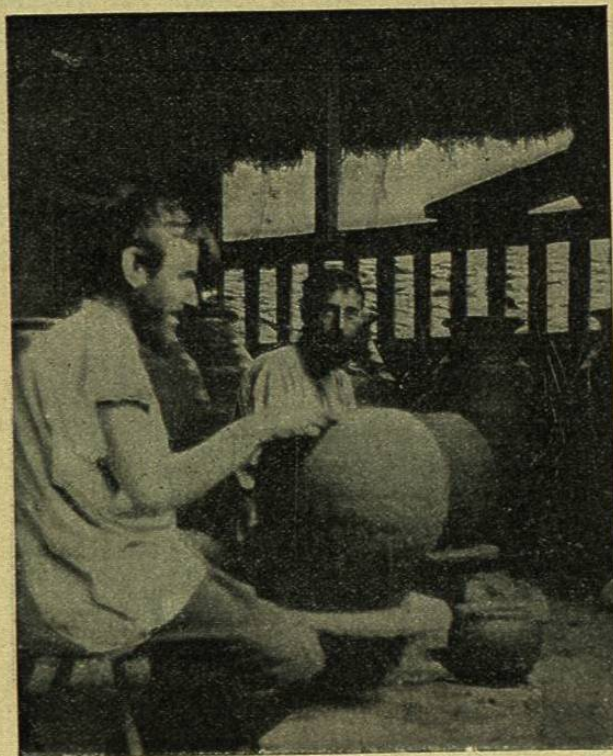
Cl. Djordjatze.

IGLESIA Y CASTILLO DE CHILDA-INISSELI  
VALLE DEL ALAZÁN, GEORGIA

que se garantizó á la nación la conservación de su lengua, de sus costumbres, de su religión, de su milicia, hasta de su moneda. Y, no obstante, durante todo el siglo XIX, la única política de los czares consistió en combatir la antigua civilización y suprimir las relaciones ya establecidas con el Occidente, que había introducido su literatura en el país. Actualmente los reclutas georgianos son deportados á la Rusia del Norte, hasta la Siberia; la lengua kartvel está prohibida ante los tribunales, en las escuelas, en los seminarios y hasta en muchas iglesias. Para romper la nacionalidad georgiana el gobierno adquiere ó expropia territorios considerables que reparte entre colonias de Cosacos ó de campesinos rusos. Durante la guerra de



Crimea, los Georgianos gozaron de una especie de neutralidad tácita, pero desde aquella época, el régimen de opresión se ha hecho más rudo y ha llegado á parecerse al de Polonia, con la agravante de que la presencia de varias razas permite al poder central excitar unas contra otras y «asegurar el orden» á poca costa<sup>1</sup>. Los poetas de



Cl. Nevinson.

ALFAREROS DE GOURIE, AL SUD DE BATUM

la nación comparan tristemente su patria al antepasado Prometeo, encadenado en el Cáucaso; pero no tienen como él la invencible confianza en el porvenir; saben que si no sobrevienen grandes acontecimientos antes de una ó dos generaciones, sus hijos ó sus nietos serán Rusos.

Los Haikanes ó Armenios no recibieron seguridades directas de parte de sus dominadores actuales, puesto que habían ya perdido su independencia política en las épocas sucesivas en que pasaron bajo el régimen moscovita por la anexión de la Georgia y las conquistas sobre Persia y Turquía. Pero las promesas indirectas y los compromisos diplomáticos no faltaron. Dueños de la metrópoli religiosa, Etchmiadzin, los Rusos han hecho de ella ante todo un centro administrativo para la repartición de las diócesis y de las parroquias, para el nombramiento de los prelados y de sus subordinados. El objeto del poder consiste en utilizar todos los sacerdotes armenios como

<sup>1</sup> Warlam Tcherkesof, *Notas manuscritas*.

simples lacayos de iglesia, encargados de arrastrar á la fuerza á los Georgianos al girón de la ortodoxia. El uso de la lengua de los abuelos está para siempre prohibido en las escuelas; está también prohibido á los Haikanes aprender su propia historia y la geografía de su país, hablar su propio idioma en toda circunstancia oficial ó ante funcionarios: los

opresores saben que la lengua es el vehículo del pensamiento, y que cambiando la palabra se acaba por cambiar el alma. Sin embargo, los Armenios, deseosos de instruirse en todo y contra todos, secundan cuanto pueden los esfuerzos de los habitantes de Tiflis, que desean poseer una gran escuela universitaria en su ciudad, que tan bien situada se halla para ser un centro de estudios; pero el go-



Cl. Roinachvili, en Tiflis.

TIPO GEORGIANO

bierno ruso, persuadido de que la enseñanza, aun dada por profesores eslavos y en idioma eslavo, no dejaría de ser provechosa á los Armenios, ha resistido hasta ahora á las peticiones de Tiflis, y los jóvenes están obligados á ir á la Rusia propiamente dicha ó al extranjero á estudiar. En toda ocasión los Armenios tropiezan contra la mala voluntad consciente de sus dominadores, y la menor protesta produce el destierro á Siberia, es decir, la muerte rápida ó lenta. La salvación sólo puede hallarse en el acuerdo entre los diferentes pueblos sometidos al czar.

Lo que existe en el fondo de la política rusa respecto de sus